

## CONTRASTE ESTÉTICO/IDEOLÓGICO EN LA PERCEPCIÓN DE CIUDAD EN DOS CUENTOS DE AUTORES LOCALES (ZAMORA-MURILLO).

Si dos autores salteños, Francisco Zamora y Gustavo A. Murillo, han producido textos en los cuales ciertos personajes pertenecientes a las zonas rurales transmiten su percepción de la ciudad, en un caso, a otros personajes que la reproducen en los diálogos, y en otro, por tratarse de un narrador protagonista, a un interlocutor (un narratario), y estas percepciones son absolutamente distintas entre sí, es necesario ubicar a sus autores en su época, en sus elecciones estéticas e ideológicas para explicarnos el porqué de esta diferencia.

Francisco Zamora era salteño por adopción. Nació en Tucumán en 1934, vivió luego en Jujuy y, desde 1969 residió en Salta, donde se dedicó al periodismo y escribió los cuentos de *El Llamaviento* (1975) y las novelas *La heredad de los difuntos* (1977) y *Bisiesto viene de golpe* (1983). En trabajos anteriores marcamos la consciente adhesión del autor a una corriente estética propia de los Andes meridionales que estuvo vigente hasta mediados del siglo XX, el indigenismo. En los libros construidos desde sus preceptos, el indio es visto desde fuera, concretamente desde un patrón ideológico marxista dado que se lo coloca en el polo desfavorecido de la dicotomía explotador-explotado. Los textos de Zamora, si bien tienen el mérito de haber *aggiornado* ideológicamente la narrativa de Salta todavía signada por un regionalismo positivista, resultan un tanto epigonales dado que estaban escribiéndose en el último cuarto del siglo XX cuando ya estaban en marcha los proyectos de los escritores, cuyos textos, inspirados en los grandes modelos de la narrativa occidental, estaban atravesados por percepciones configuradas en otro universo cultural, en los cuales el indígena o el afroamericano poseen no sólo una voz, sino también mirada propia. Aunque en muchos cuentos el autor intenta correrse del patrón ideológico indigenista para adherir a esta narrativa, según Ángel Rama, transculturada, pocas veces lo consigue como en el caso del cuento "La cometa", tal vez por el hecho de no ser un sujeto bilingüe y bicultural como José María Arguedas o por no haber tenido contacto suficiente con las comunidades originarias.

Gustavo Andrés Murillo, oriundo de General Mosconi, conocido pueblo petrolero del interior de la provincia, publicó este año su primer libro *Relatos en la frontera* en el que, por la pertenencia de su autor a una de las regiones con mayor población aborigen de todo el país, y por haber leído la narrativa de los grandes transculturadores (Arguedas, Rulfo, Guimarães Rosa, García Márquez, entre otros), logra dar la voz al aborigen y transmitir algunas percepciones que provocan en el lector la impresión de que provienen desde dentro del mundo indígena.

Vamos a ejemplificar las afirmaciones hasta aquí realizadas con los cuentos "Huallpa", de Francisco Zamora y "El destino del guardián", de Gustavo Murillo.

### **Huallpa (lo desconocido como amenaza)**

En este cuento la voz es la de un narrador omnisciente que cuenta, en tres secuencias, la historia de un pueblo puneño en el que la sequía prolongada provoca una sensación de apocalipsis. En la primera secuencia el cacique pide la sangre de una doncella para solucionar el problema. Al no haber ninguna para sacrificar, en la segunda, aunque no está la palabra del curaca pidiendo la sangre de otro personaje sino las acciones de la gente que toman como prisionero a Huallpa, inferimos que aquél ha pedido el sacrificio de éste. En la última, narra el accionar del curaca que arranca a la manera azteca el corazón del personaje. Esta inmolación posibilita el retorno de la lluvia. Ahora bien ¿por qué fue Huallpa el elegido? Era el único que había ido a la ciudad y, a causa de las cosas que contaba de ella, lo consideraban loco y el autor de todos los males. Después de la solución del conflicto, habla un personaje, transmitiendo la visión de la ciudad que el personaje había traído:

-No era malo. Sólo que aseguraba esas cosas. Que allá no se acaba el mundo sino al revés. Decía que el mundo empieza con ellos y termina aquí, con nosotros. Que esas gentes, más poderosas que nuestros dioses, andan por el agua sin ahogarse y vuelan con sus casas en el trueno. Que guardan los relámpagos y los parten en pedazos muy menudos para alumbrarse por las noches. Que sus llamas, hechas de metal con ruido, arrastran montañas y andan ligeras como el viento... ¡Cuántas cosas decía, pobre Huallpa! (1975:16)

### **El destino del guardián (lo desconocido deseable)**

En el texto de Murillo habla un aborigen, cuyos paisanos parten a la guerra para salvar al pueblo del hambre, no sin antes dejar a alguien el encargo de cuidar un árbol en el que se realizaban ciertos ritos de comunicación con las deidades ancestrales, con las que ellos tenían un pacto. En una primera secuencia posterior a la partida, el guardián-narrador permanece junto al árbol y recibe la visita de las mujeres que han quedado en la aldea, las cuales le dan noticias de las batallas ocurridas. En la siguiente, a medida que la derrota pasa a ser cotidiana y las viudas comienzan a marcharse a buscar otros destinos, ese socorro permanente se diluye. A partir de ahí, además de su largo soliloquio, lo sostiene la sola compañía del árbol y los pequeños animales que lo habitan. En la extensa secuencia que da cuenta de su soledad, él mismo sufre una metamorfosis que lo convierte en un animalito y la ciudad se le aparece, en varias oportunidades, como una visión, negativa al principio, pero esperada porque sabe que, al verla, está viendo a los suyos:

*Desgraciadamente, un día vislumbré fugazmente un nuevo mundo que me rodeaba. La ciudad se me apareció por todos los costados, me rodeó como una niebla transparente y refulgente al amanecer, brillando el neón y sulfurando columnas de humo a través del brillo de los insectos y de la niebla que dio marco y posibilidad a esa extraña aparición*

*durante un instante que me desbarató la paz espiritual que había disfrutado cada día desde que recordaba. [...] Continué existiendo, recordando y esperando esas visiones y las vidas cotidianas que me mostraban, desde otros ojos (los de hombres y mujeres jóvenes) que sin quererlo se convertían en ventanas a través de las que yo podía conocer un mundo que no me pertenecía ni podía comprender pero tan humano en su humilde devenir, tan querible. Había pasado el tiempo, no puedo saber cuánto, pero ya no lo sufría porque esperaba las visitas de esas visiones sumidas en niebla, tan valiosas, familiares como el mismo árbol, como los seres que lo habitan.*

Allí fue que entendí (y es lo que presiento aun hoy) que al sostenerse aun el pacto mis visiones son el reflejo del mundo por el que transitan hoy los míos. Mi pueblo persiste al persistir su fe aunque ésta quizás esté acotada y sobreviva sólo en mi persona. No tengo motivos para esperar que mi gente recuerde ya ni sus creencias ni al árbol, ni siquiera su lengua que yo mismo olvidé hace siglos, salvo por las bendiciones que deben ser pronunciadas en ciertos momentos cruciales del rito al que asisto todos los días, reptando diariamente las ramas de este árbol que de alguna forma *ya no es todo mi mundo porque me permite comunicarme con un universo desconocido para mí.* [subrayado nuestro]

Plantaremos una serie de oposiciones entre ambos textos en lo que hace a sus historias. En el cuento de Zamora un solo habitante del poblado indígena se va y a su retorno trasmite a los otros (uno de los cuales lo expresa) una percepción de la ciudad que tiene que ver con la del narrador: en la ciudad está lo bueno, el progreso (buques, aviones, luz eléctrica) y en el pueblo el atraso, la incuria y la indolencia que, desde una percepción lineal del tiempo, ellos deberían superar para obtener los beneficios de la modernidad. Sus palabras estigmatizan al personaje hasta el punto de ser denominado el loco y sólo su muerte traerá la salvación del pueblo.

En el de Murillo, un solo aborígen se queda junto al árbol cercano a la tribu y, en ese lugar, realiza cada día ritos que mantienen las creencias en los dioses y la memoria cultural. La visión inicial de la ciudad es negativa. Usa el adverbio “desgraciadamente” ante ella y, además, las columnas de humo que describe “sulfuran”. Todos relacionamos al sulfuro con el azufre, con un fuerte olor a huevos podridos y hasta con el diablo. El narrador personaje confiesa haber perdido la paz a partir de esa vislumbre. Después y, sobre todo a partir de su conciencia de estar viendo las vidas de los que se fueron, las visiones de la ciudad son algo deseable y querible y el guardián comprende que su tarea de mantener la memoria tiene sentido. A partir de su percepción del tiempo como un ciclo que imita los de la naturaleza, sabe que continuar vivo no es inútil: el pueblo regresará y habrá un nuevo nacimiento. No es aquí la muerte del protagonista, sino su perduración, incorporado a los ciclos de la naturaleza, la que va a salvar la etnia y a su cultura de la desaparición.

En el cuento de Zamora, el protagonista ha observado en el contexto de una concepción lineal del tiempo, que el progreso de la ciudad es lo bueno y el atraso del pequeño poblado rural, lo malo. Esta “diferencia” lo lleva a la muerte. En el de Murillo, el progreso de la ciudad (sus humos y neones) inicialmente es percibido en visiones de contaminación y muerte; mientras la permanencia junto al árbol es vida, porque habla

de la unión a los ciclos naturales. Pero la ciudad es el *hábitat* de la gente que ha partido y cambia de valencia, ya que en ese su transcurrir ciudadano está la posibilidad, basada en una concepción cíclica del tiempo, del retorno y de una nueva existencia junto a la naturaleza de la que ya es parte el narrador- protagonista y a la que debe su duración.

¿Tiene esto que ver con lo que planteábamos al principio? La visión exterior del narrador en “Huallpa” se opone a la del guardián ya que aquella, contaminada de modernidad, desprecia lo ancestral con su dosis de salvajismo (aún se sacrifican ahí, en el pueblo de la ficción, seres humanos); mientras que la del cuento de Murillo, interiorizada como ocurre en los textos transculturados e inmersa en los ciclos naturales, revaloriza y redime la cultura local, cifrando en su rescate la pervivencia de los pueblos originarios que protegen la naturaleza de la devastación sostenida por el ideal moderno de progreso.

La ciudad puede ser vista, entonces, como amenaza, desde la perspectiva de una mirada ajena a la cultura que toma como objeto de conocimiento. Es claro que la percepción del autor de *Huallpa* está condicionada por sus lecturas y experiencias, no ajenas a la revalorización de las culturas originarias, sólo que las buenas intenciones no implican un conocimiento del saber y del deseo del otro. Murillo, en cambio, convive con el cruce cultural lo que lo habilita para no reproducir oposiciones tajantes y construir una narrativa que, como dijimos, se puede denominar “transculturada”.

#### BIBLIOGRAFÍA

Zamora, Francisco. *El Llamaviento*. Salta, Ediciones Culturales, 1974.

-----*La heredad de los difuntos*. Buenos Aires, Orión, 1977.

-----*Bisiesto viene de golpe*. Buenos Aires, Brujuela, 1983.

Murillo, Gustavo Andrés. *Relatos en la frontera*. Salta: Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, 2011.